**La Plaga Justiniana y sus Efectos en la Transformación del Estado Bizantino**

Plagas y enfermedades han azotado a sociedades desde el inicio de la civilización, y han tenido un gran efecto en el mundo. Estudios genómicos recientes sugieren que, incluso antes de que se empiece a documentar la historia, las primeras cepas de bacteria Yersinia Pestis surgieron durante la edad de bronce y empezaron a actuar como plaga hace 4 000 años (Andrades et al. 2018). Para el año 285 d.C., el Imperio Romano dominaba el Mediterráneo, el Medio Oriente y Europa Occidental, y, habiendo llegado a su mayor extensión, fue dividido en dos para garantizar mayor control del territorio. Por el contexto sociopolítico de la época, la mitad occidental del imperio colapsó, dejando a su equivalente oriental como su única sucesora. Este nuevo Imperio Bizantino, como se le conoce ahora, continuó funcionando como el Estado que lo precedió, pero, durante el mandato del emperador Justiniano, una plaga se propagó por el territorio (MacGillivray & Teall 2020; Mark 2018). La Plaga Justiniana, producto de otra cepa del Yersinia Pestis de origen asiático, tendría graves consecuencias en la sociedad bizantina y contribuiría a la transición de Bizancio desde un Estado clásico a uno nuevo.

Para empezar a argumentar por la anterior tesis, es preciso definir cómo era el Estado Romano previo a la plaga. Según Garnsey y Saller, el Estado Romano se centraba en aspectos esenciales, por lo que los objetivos básicos del gobierno eran mantener la ley y recaudar impuestos, cuyas normas tributarias variaban según provincia. Asimismo, ambos afirman que la economía de Roma, con su condición de subdesarrollada, era predominantemente agraria y el agro estaba controlado por grandes hacendados de fincas que practicaban el arrendamiento de tierras a campesinos (1991: 32-96). En el antiguo imperio, también, se registra un patrón más urbano, especialmente en provincias orientales, donde asentamientos humanos ganaban importancia y población por una variedad de motivos, y continuaban el legado helénico de ciudad, en contraste con la menor densidad demográfica del oeste europeo clásico (Garnsey & Saller 1991: 48-54; Pounds 2005: 7-8). Al caer el Imperio Romano Occidental, el modelo permaneció en su mayoría igual en Bizancio y el consenso común que fuentes generalizadas como Britannica o Khan Academy suelen explicar es que el primer gran cambio se efectuó recién durante el mandato de Justiniano con el Corpus Iuris Civilis, la más importante recopilación de derecho romano (MacGillivray & Teall 2020; Khan Academy 2020). Además de esa única diferencia en cuanto a lo judicial, no hubo mayores contrastes de Estado entre la antigua Roma y Bizancio antes de la Plaga Justiniana.

Según un estudio realizado por la Academia Nacional de Ciencias de E.E.U.U., durante la duración de la plaga inicial, del 541 d.C. hasta el 548 d.C., la moneda o la promulgación de leyes no se vieron afectadas por la plaga (Eisenberg et al. 2019). A pesar de una fuerte inflación inicial, el control de precios de Justiniano en 544 d.C. pareció arreglar la situación (Allen 1979: 16). Además, aunque el registro militar de los primeros años de la plaga sí evidenció efectos adversos por esta, a finales de la década los logros bélicos continuaron con el mismo modelo militar, cuya fuerza principal eran los mismos bizantinos (Allen 1979: 17; MacGillivray & Teall 2020). Entonces, pareciera que la plaga no afectó en mucho la composición del Estado y, de manera inmediata, la evidencia muestra que ese es el caso. No obstante, el efecto innegable que la Plaga Justiniana tuvo fue el descenso demográfico y las consecuencias que este factor traerían a largo plazo son las que conducirían a un cambio del Estado Bizantino.

Según la historiadora Pauline Allen, los autores bizantinos que documentaron la plaga de manera completa fueron Procopio de Cesarea, Juan de Éfeso y Evagrio Escolástico (1979: 5-6). Según Juan, solo en Constantinopla, la plaga empezó matando a 5 000 personas diarias y el número llegó a subir a 16 000, acumulando un total de más de 230 000 fallecidos hasta que, según él, se dejaron de contar los cuerpos. Se cree que los testimonios de Juan pueden haber sido romantizados, pero incluso las cifras más sobrias de Procopio, quien menciona que solo se llegó a 10 000 muertos diarios, aproximan el número de fallecidos a 244 000 de 508 000 habitantes. Aunque el número parezca muy alto, es verdad que las plagas eran mucho más efectivas en ámbitos urbanos y fuentes árabes del siglo VII también describen alta mortalidad en urbes. La tasa de mortalidad de la plaga, entonces, se estima en un 57% para Constantinopla y aproximadamente 1/3 para la población total. Evagrio, por otro lado, menciona que ciudades y pueblos despoblados durante la plaga solo podrían ser repoblados por el año 579 d.C. a base de cautivos persas (Allen 1979: 10-17).

El descenso demográfico implicó consecuencias agrarias en las décadas siguientes. La plaga generó una recesión rural que dejó varias tierras en desuso y continuaron sin campesinados hasta finales del siglo VI. Asimismo, ante la reducción drástica de gente que trabajara la tierra, quienes sobrevivieron pudieron solicitar salarios considerablemente más altos. Esto destruyó el orden social que hasta el momento había existido, ya que la tierra dejó de estar controlada por los grandes hacendados y surgieron los pequeños y medianos propietarios (Ostrogorsky 1959: 47; Sarris 2002: 177-178). Esto llevó a cambios en el manejo agrario del Estado a un nivel legislativo, cuyas nuevas reglas o edictos se adaptaron a la situación. Algunas de estas legislaciones fueron: el adiectio sterilium, que otorgaba tierras desertadas a pequeños propietarios; el agri deserti, que cambiaba el modelo fiscal en zonas abandonadas; y otros edictos que regulaban los increíblemente altos salarios que la demanda podía generar, volviendo al Estado más controlador (Allen 1979: 17; MacGillivray & Teall 2020; Sarris 2002: 177-178). El aumento en propiedades y arrendamiento de tierras incluso afectó Egipto, provincia que, en tiempos clásicos, era exclusivamente del emperador (Sarris 2002: 178; Garnsey & Saller 1991: 83).

Como se mencionó anteriormente, la economía romana era agraria, por lo que los cambios directos que la demografía tuvo en la agricultura se trasladaron a la economía. Además del mayor control de salarios y el cambio fiscal de provincias gravemente afectadas, se experimentó un cambio en la moneda del Estado. La población agrícola pobre del pasado recibía pago en bronce, pero el impuesto y los precios se contaban en oro. Con las nuevas altas remuneraciones y al ser los campesinos pagados con moneda más cara, el oro se devaluó y reemplazó el bronce. Desde tiempos de Roma, aquella parte del imperio siempre había manejado el bronce como moneda principal y el reemplazo cambió la estructura de la economía (Ostrogorsky 1959: 48-52; Sarris 2002: 178). Además, con esta nueva abundancia de moneda, el Estado pasó a cobrar impuesto únicamente monetario (MacGillivray & Teall 2020). No obstante, no hubo acumulación de riqueza porque los campesinos recibieron un mayor número de impuestos, que eran necesarios para cubrir por todos aquellos contribuyentes que murieron por la plaga (Ostrogorsky 1959: 64).

La razón por la cual estos cambios en el agro y la economía perduraron fue porque la población del imperio nunca se recuperó. Esto se debió a que el monasticismo, que implicaba celibato, empezó a ganar popularidad en la época y al hecho de que nuevas oleadas de la plaga continuaron llegando al territorio (MacGillivray & Teall 2020). El mismo panorama demográfico se asemejaba más a un Estado medieval de la época, con menos ciudades y ciudades menos pobladas. Este fue el caso principalmente en los Balcanes y provincias sureñas, ya que datos eclesiásticos de la época demuestran que el número de ciudades permaneció siendo el mismo en Asia Menor. Sin embargo, la razón por la cual hubo estagnación y no reducción de vida urbana en Asia Menor fue por las migraciones eslavas y armenias, no por una recuperación efectiva de los lugareños (Ostrogorsky 1959: 52-63). Con el pasar de las décadas, la falta de población bizantina para el ejército también implicó que el modelo militar clásico tuvo que cambiar. Por este motivo, los ejércitos bizantinos del siglo VII en adelante contenían más personal de provincias alejadas y un vital componente mercenario. Entonces, Bizancio se enfrentó al mismo problema que el Imperio Romano Occidental: la incorporación de bárbaros al ejército con menos disciplina y motivación no patriota. El componente mercenario también significó mayor gasto, lo cual generó levantamientos en siglos futuros y redujo la capacidad militar considerablemente, debilidad que sería explotada por árabes y eslavos en siglos siguientes (MacGillivray & Teall 2020; Sarris 2002: 179).

En conclusión, las ramificaciones de la Plaga Justiniana condujeron a un cambio del Estado Bizantino. Esto se produjo por las implicancias del descenso demográfico en el largo plazo. La demanda por mano de obra generada por la plaga incrementó los salarios y cambió el orden social con el surgimiento de pequeños propietarios. El Estado, entonces, se volvió más controlador en el ámbito fiscal y administración de tierras, conducta que no hubo en tiempos clásicos. El contexto económico también produjo un cambio en el patrón monetario de bronce a oro y normalizó el tipo de impuesto. La demografía clásica de Roma antigua fue reemplazada por un nuevo tipo de Estado menos urbanizado y dependiente de externos para mantener vitalidad de centros poblados. Asimismo, la composición del ejército, ante las muertes por la plaga, pasó a ser menos bizantina y más mercenaria. Estos cambios se siguieron sedimentando y, para el siglo VII y VIII, existía un nuevo Bizancio. El imperio, que había mantenido una estructura similar a la de Roma clásica por tantos siglos, finalmente se transformó y pasó a ser el Estado Bizantino medieval que continuó existiendo hasta el final de sus días.

**Bibliografía:**

ALLEN, Pauline

1979 “The ‘Justinianic’ Plague”. *Byzantion*. Bruselas, año 55, vol. 49, pp. 5 – 20. Consulta: 22 de diciembre de 2020.

<https://www.jstor.org/stable/44172672?seq=1#metadata_info_tab_contents>

ANDRADES, Aida; BOS, Kirsten; HERBIG, Alexander; KHOKHLOV, Aleksandr; KONDRASHIN, Vitality; KRAUSE, Johannes; KÜHNERT, Denise; LANKAPALLI, Aditya; TSYBIN, Victor; TUKHBATOVA, Rezeda; SPYROU, Maria & WANG, Chuan-Chao

2018 “Analysis of 3800-year-old Yersinia pestis genomes suggests Bronze Age origin for bubonic plague”. *Nature Communications*. Londres, año 8, vol. 2234, número 9. Consulta: 22 de diciembre de 2020.

<https://www.nature.com/articles/s41467-018-04550-9#citeas>

EISENBERG, Merle; IZDEBSKI, Adam; KAY, Janet; MORDECHAI, Lee; NEWFIELD, Timothy & POINAR, Hendrik

2019 “The Justinianic Plague: An inconsequential pandemic?”. En *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*. Consulta: 22 de diciembre de 2020.

<https://www.pnas.org/content/116/51/25546#sec-2>

GARNSEY, Peter & SALLER, Richard

1991 *El Imperio Romano. Economía, sociedad y cultura*. Barcelona: Editorial Crítica.

KHAN ACADEMY

2020 “Guided practice: continuity and change in the Byzantine Empire”. En *Khan Academy*. Consulta 22 de diciembre de 2020

<https://www.khanacademy.org/humanities/world-history/medieval-times/byzantine-empire/a/the-rise-of-the-byzantine-empire>

MACGILLIVRAY, Donald & TEALL, John

2020 “Byzantine Empire”. En *Encyclopaedia Britannica*. Consulta: 22 de diciembre de 2020.

<https://www.britannica.com/place/Byzantine-Empire>

MARK, Joshua

2018 “Roman Empire”. En *Ancient History Encyclopedia*. Consulta: 22 de diciembre de 2020.

<https://www.ancient.eu/Roman_Empire/>

OSTROGORSKY, George

1959 “Byzantine Cities in the Early Middle Ages”. *Dumbarton Oak Papers*. Washington D.C., año 18, vol. 13, pp. 45 – 66. Consulta: 22 de diciembre de 2020.

<https://www-jstor-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/stable/1291128?seq=1#metadata_info_tab_contents>

POUNDS, Norman

2005 *The Medieval City*. Londres: Greenwood Press.

SARRIS, Peter

2002 “The Justinianic plague: origins and effects”. *Continuity and Change*. Cambridge, año 16, vol. 17, número 2, pp. 169 – 182. Consulta: 22 de diciembre de 2020.

<https://www.academia.edu/37861466/The_Justinianic_plague_origins_and_effects>